



CIUDADANÍA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA DESDE UNA PERSPECTIVA SCHUTZEANA

Carlos Belvedere

Resumen

En este artículo describo la caracterización schutzeana del “ciudadano que aspira a estar bien informado” como justo medio entre el “desinformado hombre de la calle” y el “experto”. A propósito de esta cuestión, reviso las nociones de participación política, información e interés según han sido tratadas en distintos momentos de la obra de Schutz. Concluyo con algunas consideraciones breves sobre la relación entre medios y fines en la vida política y el modo en que inciden los medios de comunicación y la gestión pública en el fomento de la participación y la toma de decisiones “razonables”.

Palabras clave: ciudadanía, participación política, información, medios de comunicación, Schutz.

CITIZENSHIP AND POLITICAL PARTICIPATION FROM A SCHUTZEANA

Abstract

This paper describes the characterization schutzeana of “citizen who aspires to be knowledgeable” as happy medium between “uninformed man in the street” and the “expert”. Regarding this issue, I review the notions of political participation, information

Recibido: 08/12/2012

Aceptado: 18/12/2012

and interest as they have been treated at various times in the work of Schutz. I conclude with some brief remarks on the relationship between means and ends in politics and how media influence and governance in promoting participation and decision making “reasonable”.

Keywords: citizenship, political participation, information, media, Schutz.

Lo político en Schutz

En trabajos anteriores (Belvedere 2011a, 2011b) he mostrado que la cuestión política en la obra de Schutz tiene un carácter peculiar, razón por la cual no ha sido cabalmente comprendida por sus críticos, a excepción de unos pocos. En este contexto, resulta destacable la interpretación de Fred Kersten, quien ha mostrado que, en tanto ciencia del mundo de la vida, la fenomenología schutzeana le presta una “cuidadosa atención” a las “relaciones estructurales” poniendo así de relieve que lo político –como cualquier actividad humana– descansa “en la forma específica de vida de la sociedad” (Kersten, 1999; pp. 210-212). También Ilia Srubar ha sabido apreciar esto, al señalar que la fenomenología schutzeana tiene como uno de sus objetivos principales revelar los actos que constituyen la validez del mundo con la intención crítica de mostrar que las condiciones constitucionales de lo político radican en las estructuras del mundo de la vida (Srubar, 1999; pp. 34-43). Más recientemente, y en nuestro medio, el trabajo de Calderón (2012) ha sabido mostrar el papel que juegan los *stocks* de conocimiento de sentido común y la construcción social de símbolos en la participación política interpretada en clave schutzeana.

En el marco de estas inquietudes, me propongo explorar un aspecto primordial de lo político entendido en términos schutzeanos. ¿Cómo incide el “conocimiento socialmente aprobado” en la vida política de las sociedades de la información y la comunicación? Más en particular, me ocuparé del modo en que este tipo de conocimiento interviene en la conformación de la opinión pública y la toma de decisiones en las sociedades contemporáneas. Reflexionar al respecto me permitirá, al concluir, esbozar algunos lineamientos de

una teoría schutzeana de la participación política en tanto modo de construir ciudadanía.

Conocimiento de origen social y conocimiento aprobado socialmente

Según Schutz, el “conocimiento de origen social” es aquel que “consiste en experiencias que no hemos tenido nosotros sino nuestros semejantes, contemporáneos o predecesores, y que nos han comunicado o transmitido” (Schutz, 1964; p. 131). En cambio, el “conocimiento socialmente aprobado” –que en muchos aspectos es distinto e incluso opuesto al conocimiento de origen social– es aquel que “recibe un peso adicional” por ser aceptado no solo por nosotros sino también por otros miembros de nuestro endogrupo (p. 133). Esta aceptación hace que mis experiencias sean tomadas como “indudablemente correctas” cuando son corroboradas por “otros a quienes considero competentes [...], ya sea por sus propias experiencias o simplemente porque confían en mí” (Ibíd.). Por eso es que, por ejemplo, si considero “a mi padre, mi sacerdote y mi gobierno” como fidedignos, entonces sus opiniones recibirán “un peso especial” que tendrá “el carácter de una relevancia impuesta” (Ibíd.).

Este carácter del conocimiento socialmente aprobado –de ser una relevancia *impuesta*– hace de él una de las manifestaciones del poder. Al respecto, Schutz comenta:

“El poder del conocimiento socialmente aprobado es tan vasto, que lo aprobado por todo el endogrupo –maneras de pensar y de actuar, tales como usos, costumbres y hábitos– es simplemente dado por sentado; se vuelve un elemento del concepto natural relativo del mundo, aunque la fuente de tal conocimiento permanezca totalmente oculta en su anonimato”. (p. 133)

El conocimiento socialmente aprobado no se mide, entonces, por su mero valor cognitivo sino también por su poder. Amén, resulta de interés que este poder sea descripto por Schutz en términos casi durkheimianos y con una formulación cercana a las concepciones contemporáneas del *habitus* (léase, Pierre Bourdieu y sus continuadores). Así entendido, el poder del conocimiento

socialmente aprobado por el endogrupo consiste en maneras habituales de pensar y actuar que integran, como supuestos, su cosmovisión natural, y que son tomadas acrítica e irreflexivamente como verdaderas y válidas para todos nosotros.

Además de tácito, el conocimiento socialmente aprobado es anónimo. Vimos en la cita que esta cualidad le preocupa a Schutz en tanto puede esconder la fuente del conocimiento naturalizado tomado como indudablemente cierto y definitorio de la cosmovisión natural relativa a un grupo. Ahora bien, la preocupación de Schutz es doble ya que no sólo le inquieta el anonimato en tanto rasgo universal, propio de toda cosmovisión natural relativa, sino también como problemática particularmente crítica en las sociedades contemporáneas, caracterizadas por un creciente anonimato que incrementa la zona de relevancias impuestas, sujetándonos de manera creciente a un “control remoto” ejercido por un otro cada vez más anónimo y cuya ubicación en el cosmos social es menos y menos determinable (Schutz, 1964; p. 129). De modo que, en las sociedades modernas, estamos cada vez más determinados por tipos altamente anónimos. Schutz lo expresa en las siguientes palabras:

“Nuestro propio medio social está al alcance de todos, en todas partes; un Otro anónimo, cuyas metas son desconocidas para nosotros a causa de su anonimato, puede ponernos, junto con nuestro sistema de intereses y relevancias, bajo su control. Somos cada vez menos amos con derecho propio a definir lo que es y lo que no es relevante para nosotros. Tenemos que tomar en cuenta, tal como son, relevancias impuestas políticamente, económicamente y socialmente, más allá de nuestro control. Por eso, tenemos que conocerlas”. (p. 129)

Vivimos en lo que insistentemente se llama “sociedad del conocimiento” con una mirada homogénea y optimista sobre lo que eso conlleva. Schutz, en cambio, nos muestra que toda sociedad es, en alguna medida, sociedad del conocimiento y que algunas de sus modalidades, tal como es el conocimiento socialmente aprobado, no están exentas de potenciales peligros ya que pueden ser puestas al servicio del control social y la manipulación política. Es en este marco que cobra relevancia la cuestión de la opinión pública.

La opinión pública en tanto conocimiento socialmente aprobado

El conocimiento socialmente aprobado es “el asiento de la opinión pública”, puesto que es la fuente de prestigio y autoridad. Así, sólo quien es socialmente aprobado es reputado como experto. Sus opiniones reciben un peso adicional porque quien las sustenta ya ha obtenido el grado de prestigio que se les atribuye a aquéllas.

Ahora bien, esta caracterización no cumple un mero papel descriptivo sino que ante todo tiene una función crítica: la de hacer visible un riesgo propio de nuestra época, derivado de que “el conocimiento socialmente aprobado tiende a sustituir al sistema subyacente de relevancias intrínsecas e impuestas” (p. 134), generando desinformación y haciendo posibles nuevas formas de manipulación mediática y política. Schutz advierte que:

“Encuestas, entrevistas y cuestionarios buscan medir la opinión del hombre de la calle, quien ni siquiera busca algún tipo de información que vaya más allá de su sistema habitual de relevancias intrínsecas. Su opinión, que es la opinión pública tal como se la entiende actualmente, es cada vez más aprobada socialmente a expensas de la opinión informada y, en consecuencia, se impone como relevante a los miembros mejor informados de la comunidad. Incrementa el peligro cierta tendencia a malinterpretar la democracia como una institución política en la cual debe predominar la opinión del desinformado hombre de la calle”. (p. 134)

El riesgo que Schutz quiere conjurar aquí es el de una opinión pública que sancione socialmente un conocimiento infundado y establezca fines irracionales que son impuestos solamente por resultar de un conocimiento compartido pero irreflexivo. En breve, le preocupa que en base a estrategias de manipulación y desinformación, las sociedades democráticas deriven hacia lo que podríamos caracterizar (en otros términos) como demagogia o, incluso, como la “administración total” sobre la que nos advirtió ya la Escuela de Fráncfort.

El hombre de la calle y el experto: la dialéctica entre conocimiento e interés

La crítica a una potencial instrumentalización del sentido común mediante la aprobación social de un conocimiento compartido basado en la desinformación, se funda en una sociología de las complejas relaciones entre el funcionario, su asesor técnico y la opinión pública. Schutz la desarrolla a partir de una caracterización de la estructura general subyacente de la distribución social del conocimiento implicada en la construcción típica-ideal del experto, el hombre de la calle, y el ciudadano bien informado –o, más bien, “el ciudadano que aspira a estar bien informado” (Schutz, 1964; p. 12), ya que se trata de una intención y no de una meta garantizada de antemano–.

Por su carácter típico-ideal, estas construcciones elaboradas a los fines de la investigación no corresponden a realidades tangibles. Cualquier caso “real” ha de ser descripto a partir del conjunto integrado por estos tres tipos, cada uno de los cuales permitirá comprender en una medida mayor o menor, según las circunstancias, la situación a observar.

Estas construcciones ideales no operan únicamente en la ciencia social sino también en la vida cotidiana, donde cualquiera es simultáneamente experto, ciudadano que aspira a estar bien informado y hombre de la calle en distintos campos del conocimiento. Cada uno sabe, a su vez, que esto vale para sus semejantes, de modo que este mismo hecho codetermina el tipo específico de conocimiento empleado en cada situación particular (p. 123). Comenzaremos con la caracterización de los dos primeros tipos de este marco categorial –los del hombre de la calle y del experto–, pues son los que le otorgan significación a la figura del ciudadano que aspira a estar bien informado en tanto justo medio entre ambos.

De un lado, el hombre de la calle vive ingenuamente en las relevancias intrínsecas suyas propias y las de su endogrupo, tomando en cuenta las relevancias impuestas sólo como “elementos de la situación a definir o como datos o condiciones de su curso de acción” (p. 129). Por tomarlas como “simplemente dadas”, cree que no sirve “tratar de comprender su origen y su estructura” (p. 130). Schutz describe de la siguiente manera a esta situación del hombre de la calle en tanto construcción típica ideal operante en la vida cotidiana.

“No le preocupa por qué algunas cosas son más relevantes que otras, por qué en zonas de aparente irrelevancia intrínseca se pueden disimular elementos que mañana podrían imponérsele como asuntos de la mayor relevancia; estas cuestiones no influyen en su actuar y pensar. No cruzará el puente antes de llegar a él, y da por sentado que encontrará un puente cuando lo necesite y que será lo bastante resistente como para soportarlo. Esta es una de las razones por las cuales al formar sus opiniones se rige mucho más por el sentimiento que por la información”. (p. 130)

Es decir que, desde la perspectiva del hombre de la calle, pesan más las experiencias pasadas que las eventualidades. Estamos, entonces, ante el hombre de Hume, acostumbrado a suponer –a creer– que el futuro se adecuará al pasado. El hombre de la calle toma las significaciones establecidas de manera acrítica, no sólo en el sentido de que no las cuestiona sino también de que no se pregunta por su razón de ser ni por sus consecuencias a futuro. No ve que lo irrelevante puede súbitamente volverse relevancia impuesta. Dicho luhmaneannamente, no toma en consideración el riesgo. Todo lo que sabe es que en el pasado hubo un puente, supone que sigue allí y espera que mañana siga estando cuando necesite cruzarlo. Cómo y porqué ocurrirá eso, no lo sabe ni le preocupa. Todo lo concerniente al cálculo racional, a la adecuación de medios a fines y demás consideraciones técnicas, lo deja librado al experto; mientras que él, en su vida cotidiana, salda este tipo de cuestiones obrando por sentimiento. Cree que será así, siente que nada cambiará, y su opinión no requiere de fundamentos racionales ni precisiones técnicas. Por dar un ejemplo irónicamente cercano, podría decir que la existencia misma de este texto se debe a que, en tanto hombre de la calle, en su momento he sido capaz de subirme a un avión rumbo a Venezuela¹ creyendo ciegamente que una aeronave me transportaría sin atreverme siquiera a pensar cómo es posible que un gigantesco objeto de metal vuele, y poniendo mi vida en manos de una tripulación en la que confiaba aunque ignorase yo los motivos que me inclinaban a confiar en ella y ni siquiera conociera los nombres de sus integrantes.

Este tipo de fe ciega es lo que nos permite actuar en un sinnúmero de ámbitos en los que no podríamos ser expertos, y hace posible que

el hombre de la calle cuenta con un conocimiento “que funciona” en diversos campos, en los que es capaz de operar gracias al “conocimiento de recetas que indican cómo producir, en situaciones típicas, resultados típicos por medios típicos”. (Schutz, 1964; p. 122) Al respecto, Schutz señala:

“Las recetas indican procedimientos en los que se puede confiar aunque no sean claramente comprendidos. Siguiendo la prescripción como si fuera un ritual, se puede alcanzar el resultado deseado sin cuestionar por qué se debe dar cada paso del procedimiento y darlo exactamente en la secuencia prescrita. Este conocimiento, con toda su vaguedad, es sin embargo *suficientemente* preciso para el propósito práctico ‘a la mano’ —En todos los asuntos que no están relacionados con tales propósitos prácticos de preocupación inmediata, el hombre de la calle acepta como guía sus sentimientos y sus pasiones. Bajo su influencia, establece un conjunto de convicciones y opiniones sin aclarar, en las que simplemente confía mientras no interfieran en su búsqueda de la felicidad”. (p. 122)

De otro lado, el conocimiento del experto se limita a un campo restringido, dentro de cual es claro y preciso. Sus opiniones se basan en afirmaciones fundamentadas y sus juicios no son meras conjeturas ni vagas suposiciones. Sin embargo, el experto sólo se encuentra ubicado “en un sistema de relevancias impuestas [...] por los problemas preestablecidos dentro de su campo” ya que, “al decidir convertirse en un experto, ha aceptado las relevancias impuestas” allí como las únicas relevancias intrínsecas de sus actos y pensamientos (p. 130). El campo de su experticia, entonces, está “rígidamente limitado”, de modo que “solo puede esperar del consejo del experto la indicación de los medios adecuados para alcanzar fines ya dados, y no la determinación de los fines mismos” (Ibíd.)

El “ciudadano que aspira a estar bien informado” como justo medio

En la estructura categorial tripartita del hombre de la calle, el experto y el ciudadano que aspira a estar bien informado, este último (figura que idealmente expresa la posición ponderada por Schutz)

constituye el justo medio entre “el desinformado hombre de la calle” –motivado por su interés, entendido como motivo pragmático de su acción y su inmersión en el mundo mediante una “plena atención a la vida”– y el “experto” –observador “desinteresado” en sentido husserleano, motivado por el “conocimiento” y no por el “interés” pragmático inmediato–. Por asumir una actitud interesada, el hombre de la calle es quien establece y fija fines, ya sea a título personal, ya sea a título colectivo en tanto sujeto a un conjunto de relevancias derivadas del conocimiento socialmente aprobado que comparte con su endogrupo. En cambio, el experto no fija fines sino que informa sobre las relevancias intrínsecas derivadas de los fines socialmente sancionados. De ahí su especificidad, que consiste en conocer interiormente el proceso que podría producir los resultados esperados y en saber escoger los medios adecuados para alcanzarlos.

Ambas posiciones conllevan limitaciones y riesgos específicos. El hombre de la calle establece fines colectivos, pero lo hace de manera desinformada. El experto conoce los procesos y medios adecuados, pero no ha sido socialmente aprobado para expedirse respecto de los fines. A su vez, el carácter desinformado y dogmático de las elecciones del hombre de la calle lo hacen fácil presa de la manipulación mediática y política; mientras que el carácter desinteresado e instrumental del experto lo distancia del mundo social en el que no obstante opera, con el riesgo potencial de intentar instrumentalizar el mundo social en función de fines que le son ajenos. Por último, y más grave aún, la interacción entre ambos –cuando no está mediada por la figura del ciudadano que aspira a estar bien informado– abre la posibilidad de que la opinión pública en su conjunto, así como los procesos que de ella se derivan, termine careciendo de fundamento al pivotar sobre decisiones tomadas irreflexivamente pero consideradas obligatorias, con el consecuente incremento de la irracionalidad política y ética que eso conlleva. Schutz, entonces, idea la figura del ciudadano que aspira a estar bien informado como una posibilidad de conjurar los riesgos y conjugar los beneficios que ambas posiciones entrañan.

El ciudadano que aspira a estar bien informado se sitúa, entonces, entre el tipo ideal del experto y el del hombre de la calle. Si bien “no posee ni aspira a poseer un conocimiento de experto”, tampoco “se satisface con la fundamental vaguedad de un mero conocimiento de receta ni con la irracionalidad de sus pasiones y sentimientos no clarificados” sino que busca “llegar a opiniones *razonablemente*

fundamentadas” (p. 122) que lo interesan aunque sea de un modo mediato, por más que “no conduzcan a su propósito a la mano” (p. 124). Es decir que su interés no está circunscripto a lo inmediato sino que también se involucra en cuestiones que van más allá de su inmersión práctica y directa en el mundo de la vida cotidiana.

Además de tener amplitud de miras y procurar opiniones razonables, el ciudadano que aspira a estar bien informado “se sitúa en un ámbito que pertenece a un número infinito de posibles marcos de referencia” donde “no hay fines preestablecidos” (p. 130). Por eso, debe tomar decisiones concernientes, entre otros, a los siguientes aspectos:

“Tiene que elegir el marco de referencia eligiendo su interés; tiene que investigar las zonas de relevancia asociadas a él; y tiene que reunir tanto conocimiento como sea posible acerca del origen y las fuentes de las relevancias que le son impuestas actual o potencialmente. [...] el ciudadano bien informado limitará, en la medida de lo posible, la zona de lo irrelevante, sabiendo que lo que hoy es relativamente irrelevante puede imponerse mañana como una relevancia primordial, y que el campo de lo denominado absolutamente irrelevante puede relevarse como el asiento de los poderes anónimos capaces vencerlo. Así, se encuentra en una actitud diferente tanto de la del experto, cuyo conocimiento está delimitado por un único sistema de relevancias, cuanto de la del hombre de la calle, que es indiferente a la estructura de relevancia misma”. (p. 131)

El ciudadano que aspira a estar bien informado, entonces, busca reducir lo más posible el margen de irrelevancia. En este sentido, le interesan no sólo las relevancias actuales sino también las potenciales, no solo la estructuración ya dada de su campo pragmático sino también los eventuales riesgos que podrían surgir de una virtual reestructuración hoy impensada. En cambio, la atención del hombre de la calle está fijada en lo dado –una suerte de metafísica de la presencia operante en la actitud natural–: no se pregunta por lo que podría o no ocurrir, no indaga las posibilidades abiertas –los riesgos, las potencialidades, las perspectivas posibles–. Al hombre de la calle “le alcanza con saber que hay expertos a quienes puede consultar si necesita su consejo para alcanzar su propósito

práctico a la mano” (p. 123). Ese experto, a su vez, “sabe muy bien que solo un colega experto comprenderá todos los tecnicismos e implicaciones de un problema de su especialidad, y nunca aceptará a un lego ni a un diletante como juez competente de su actuación.” (Ibíd.) En cambio, el ciudadano que aspira a estar bien informado es quien “se considera perfectamente calificado para determinar quién es un experto competente e incluso decidir después de haber escuchado opiniones opuestas de los expertos” (Ibíd.). Es decir que su actitud es activa, decisiva: no pasiva, como la del hombre de la calle, ni socialmente inhibida, como la del experto. Es a él a quien compete la doble tarea de establecer de manera razonable y fundada los fines (esto es, hacer lo mismo que el hombre de la calle pero en consulta con el experto) y de interiorizarse hasta donde le sea posible de los procedimientos, medios y recursos necesarios para implementarlos (rompiendo así con la actitud dogmática y funcionalista del hombre de la calle cuando está “desinformado”).

Información pública y equidad social: hacia una profundización de la ciudadanía en el último Schutz

La tipología tripartita que hasta aquí presentamos resultaba, en su versión original, algo general a los ojos del mismo Schutz. Tal vez sea por eso que, años más tarde, volvió sobre esta temática, profundizando sus posiciones. Así es que –según relata Michael Barber–, en su presentación (en conjunto con Harold Lasswell) ante el Instituto de Ética de Lake Mohonk, en 1956, Schutz retoma su noción del ciudadano bien informado para ir más lejos que en su posición inicial de 1946.

Así, por ejemplo, en un memorandum a Lasswell concerniente a esta presentación, Schutz señala que, para adquirir un juicio bien informado, hace falta un proceso intersubjetivo de “formación de conocimiento” que requiere que los ciudadanos vean las cosas no sólo en términos de sus propios sistemas de relevancia sino también en los términos de otros. Para ello –agrega– se necesita no sólo del debate en la opinión pública sino también en grupos, donde la voz de cada cual puede ser oída y –algo que a Schutz le interesa especialmente– donde podrá tener consecuencias prácticas definidas. En esto, no solo se preocupa por superar las barreras que obstaculizan los procesos intersubjetivos de formación de conocimiento sino también por la posibilidad de

afectar el resultado de la decisión tomada, cosa que –por ejemplo– un televidente aislado no puede hacer (Barber, 2004: 192).

También le preocupaba a Schutz que el gobierno de los Estados Unidos imponía “barreras” a la igualdad de oportunidades promoviendo una ciudadanía pasiva a través de maniobras tales como la sobrecentralización; la censura; un excesivo énfasis en la seguridad, conducente a crear una atmósfera de intimidación; una excesiva confianza en la mano invisible de la economía a expensas de la inteligencia para fijar metas; y un sistema de partidos dual que requiere unanimidad y la búsqueda de estrechos intereses inmediatos (Barber, 2004: 189). También los medios masivos de comunicación y las instituciones educativas y económicas pueden fomentar esta pasividad haciéndole el vacío a las posiciones no conformistas, atendiendo a intereses frívolos, manipulando imágenes, invadiendo la privacidad y ridiculizando a las personas de convicciones (Barber, 2004: 189-190). No menos inquietante le resultaba a Schutz una concepción estrecha de la democracia que la reduce a un mero mayoritarismo electoral (Barber, 2004: 193) porque la democracia requiere también de interacción y apreciación recíproca, lo mismo que de una mutua crítica “en busca del bien común más inclusivo” (Barber, 2004: 194).

Ciudadanía y participación política (reflexiones finales)

¿Es posible esbozar, a partir de los elementos reunidos aquí, una teoría de la participación política basada en las ideas de Schutz? Diremos que sí, pues su modo de entender el ejercicio responsable de la ciudadanía conlleva implícita una noción de participación. Recapitulemos.

Lo que hace a un ciudadano responsable es –según lo visto– su activa búsqueda de información, no con fines teóricos o especulativos. Al igual que el interés propio del “desinformado hombre de la calle”, el suyo es pragmático. El ciudadano que aspira a estar bien informado, entonces, se encuentra involucrado mediante su acción en un mundo que no es para él un objeto de contemplación sino un campo de operaciones prácticas en el cual se encuentra arraigado y al cual intenta transformar. Nótese, entonces, que Schutz no establece otra jerarquía o valoración entre el hombre de la calle y el ciudadano activo que la voluntad de informarse a los efectos de tomar decisiones

“razonables”. En definitiva, se trata de una modificación atencional que cualquier “hombre de la calle” puede adoptar. No es más que una cuestión de “interés”.

El carácter informado de las decisiones tomadas por el ciudadano activo y responsable radica en que no sólo se expide sobre los fines sino también sobre los medios adecuados para alcanzarlos, y por eso puede monitorear reflexivamente el proceso. Es decir que, por haber sido capaz de imaginar en su proyectar *modo futuri exacti* la meta buscada y el proceso conducente a ella, puede cotejar el desarrollo del proyecto mientras se lleva a cabo. De ese modo, está en condiciones de evaluar si el proceso en marcha efectivamente conduce al fin escogido o si, amparado en oscuras elecciones de medios y desvíos subrepticios del curso de acción, los procesos son re-direccionados hacia fines divergentes de los socialmente establecidos, a los cuales el experto y el funcionario deben sujetarse en las sociedades democráticas dado que en todo proceso –aunque de manera singular en la política– los medios co-determinan el fin.

En este contexto, expertos y funcionarios deben concentrar su intervención en los siguientes aspectos. En primer lugar, al ser escogidos por la ciudadanía como voceros legítimos de sus intereses, tienen el deber de pronunciarse no sobre lo que ellos consideran pertinente sino sobre aquellas cuestiones respecto de las cuales han sido socialmente aprobados para hablar. En segundo lugar, su función específica es la de esclarecer el campo de relevancias intrínsecas derivado de los fines que no han escogido ellos sino el hombre de la calle (sea que haya devenido o no “ciudadano bien informado”). Esto significa que ilustran sobre los medios necesarios y los procedimientos requeridos para alcanzar fines establecidos por la sociedad en sus diversas instancias deliberativas, no sólo la opinión pública sino también sus distintas instancias, incluyendo pequeños grupos en los que cada cual puede hacerse escuchar y lograr que su opinión sea tenida en cuenta y produzca resultados tangibles. En tercer lugar, expertos y funcionarios son figuras claves en el desarrollo del proceso gracias al cual los fines escogidos democráticamente pueden ser efectivamente alcanzados. Es decir que tienen un protagonismo en la conducción responsable y eficiente del proceso, de modo que termine por realizar aquellos fines socialmente proyectados pues, tal como lo ha destacado Merleau-

Ponty, en política “los resultados cuentan” –y, agregamos, cuentan preponderantemente–.

¿Qué significa, entonces, la participación entendida en este sentido? Significa modificar la actitud natural del hombre de la calle a escoger espontáneamente fines y desentenderse de los medios y procedimientos necesarios para su realización, asunto que tiende a dejar librado a los expertos. Es decir que el primer sentido de la participación tiene que ver con transformar la actitud pasiva y apática en actitud activa e interesada no sólo en fines sino también en medios y procedimientos. En segundo lugar, participar significa buscar información, en el sentido de escuchar distintas opiniones de expertos y elegir a quienes serán socialmente aprobados para expedirse sobre la cuestión tratada. Es decir, significa una escucha activa y selectiva, que no se limita a “oír”, a “dejar hablar”, o delegar en el sentido de que otros “hablen por uno”, sino examinar y escoger expertos y opiniones expertas. En tercer lugar, participar es buscar que estas decisiones razonables y opiniones habilitadas no sólo sean oídas sino que además tengan consecuencias prácticas. Lejos de ser un mero debate de ideas, la participación consiste en la gestión colectiva de los fines democrática y socialmente establecidos.

Si quisiéramos concluir sintetizando en una palabra qué es la participación política desde una perspectiva schutzeana, diríamos que consiste en “involucrarse”. Algo de eso resuena en las palabras de Schutz cuando señala que, en una sociedad democrática, el ciudadano que aspira a estar bien informado tiene no sólo el derecho sino también el deber de hacer oír su voz (Schutz, 1964: 134).

Referencias

- Barber, M. D. (2004). *The Participating Citizen. A Biography of Alfred Schutz*. New York: State University of New York.
- Belvedere, C. (2011a). *Problemas de fenomenología social. A propósito de Alfred Schutz, las ciencias sociales y las cosas mismas*. Los Polvorines/Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento: Prometeo.

- Belvedere, C. (2011b). “La constitución de lo político a partir del mundo de la vida en la obra de Alfred Schutz”. Investigaciones Fenomenológicas, vol. monográfico 3: Fenomenología y política (2011).
- Kersten, F. (1999). “The Purely Possible Political Philosophy of Alfred Schutz”. En: L. Embree (ed.), *Schutzian Social Science*. Dordrecht / Boston / London: Kluwer Academic Publishers.
- Pérez, J. (2012). *Aportes del pensamiento de Alfred Schütz a la participación social*. Los Polvorines (Argentina), Universidad Nacional de General Sarmiento, tesina de la Especialización en Filosofía Política, mimeo.
- Schutz, A. (1964). *Collected Papers: II Studies in social theory*. La Haya: Martinus Nihoff.
- Srubar, I. (1999). “The Origin of the Political”. En: L. Embree (ed.), *Schutzian Social Science*. Dordrecht / Boston / London: Kluwer Academic Publishers.

Nota:

- ¹ Me refiero a que la primera versión de este texto fue presentada en *III Congreso Internacional de Fenomenología y Hermenéutica: En torno a la participación*, que tuvo lugar en la Universidad de Carabobo del 3 al 5 de diciembre de 2012. Agradezco encarecidamente la invitación del Dr. Wilredo Lanza y el afectuoso recibimiento que me ha brindado junto con todo su equipo.

CARLOS BELVEDERE: Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con sede en la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Investigador-Docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina. cbelvede@fibertel.com.ar